

lla de una fuente, que corre todo el año, lo que es muy raro entre las rocas de Guanajuato.

Aquella agua que corre, canta y va á perderse un instante después ¡qué emblema de la vida del cristiano! Pero dije mal, no se pierde: aquellas nubes que como copos de nieve se ciernen sobre mi cabeza, meciéndose en medio de la inmensidad del infinito, son las gotas de esta agua que insensibles se remontan á los cielos.

¡Con razón esas linfas durante su corto trayecto por la tierra, iban vestidas de azul, reflejando continuamente el firmamento!

De mi abstracción me sacó el padre Serrato, que me buscaba para avisarme que ya era la hora de marchar.

Los carruajes nos esperaban cerca de la Presa del Encino, y rápidamente nos condujeron á la Hacienda del Patrocinio, donde mi primo Luis G. Reynoso hizo los honores con su fino trato y maneras distinguidas.

Al salir fué necesario continuar á pié: íbamos á la fábrica de «La Parra,» situada en lo más alto de la calle de la Barranca.

Los trabajadores vestidos de gala se entregaban á sus quehaceres ordinarios, al son de una bien acordada música, y fuimos conducidos al comedor donde esperaba el refresco.

El Señor Don Fernando Gómez (hijo) hacía los honores de la casa; y los Señores Delgado, Manuel Antillón, Julián su hermano y otras varias personas se empeñaron en obsequiarnos con exquisita amabilidad.

Después en el salón, se reunieron los trabajadores y el Señor Arciga les dijo un discurso bastante notable como todos los suyos.

Al salir, una gran multitud de gente esperaba al Señor Arzobispo, y como la noche estaba oscura, encendieron hachas de cera, y fueron alumbrando hasta la calle de Alonso donde esperaban los carruajes.

Pero ya concluyo, y entre lo que he olvidado, que no es poco, está el *victor* de los mineros, muy digno por cierto de ser mencionado.

La vanguardia, por decirlo así, la formaban dos mil operarios de «Mellado,» trayendo gran multitud de antorchas

encendidas. Se detuvo delante de la casa del Señor Barón, á donde entró una comisión á felicitarlo, y después se dirigió al alojamiento de los otros Prelados.

Poco después llegaron los trabajadores de la «Cata;» eran siete mil, y cinco mil de ellos traían antorchas encendidas. El espectáculo era magnífico; de él sólo tenía yo idea, por el inapreciable cuadro del gran pintor Páris, que representa el victor ú ovación de los romanos á Pío IX con motivo de la amnistía.

Era un río de luz, un río de llamas, que bajando de los cerros convecinos, se encauzaba al fin, en la larga y angosta calle del Terremoto, y desembocaba en la calle de los Pocitos.

El magestuoso edificio de Granaditas se veía revestido de roja y viva claridad, y la estatua de Hidalgo reflejaba el resplandor de aquella movible hoguera, como en el cuadro del pintor romano los grupos de bronce del Quirinal devuelven con creces la luz que reciben, y parecen enrojecidas en la fragua.

He terminado y no lo he dicho todo, y si bien para las personas que no conocen al clero es inútil lo que voy á decir, quizá puede ser útil para quienes no lo tratan de cerca.

En las reuniones, en los banquetes, en todas partes, no se notaba la alegría mundana; la apacible alegría cristiana las presidía y las dirigía la modestia. Por lo demás, aquellos obsequios tenían, todos, por último fin á Jesucristo.

Con este motivo, terminaré con un anécdota.

Un amigo mío que tiene algunas ideas extraviadas por el modernismo, pero por otra parte muy apreciable oyendo en una reunión la descripción de estas fiestas, exclamó:

—¡Jesucristo no tuvo estos obsequios!

Sonriendo vivamente le respondí:

—Si entónces no los tuvo, ahora los está teniendo.

Oh, sí, ciertamente el Señor ha de haber recibido lo que se hacía para honrar sus ministros.

Hoy en México, los sacerdotes son doblemente representantes de Jesucristo: por sacerdotes y por pobres.

RAMON VALLE.

1884.—28 de Enero.

Don José Soledad Amante verifica una ascensión aereotática, haciendo gimnasia en un trapecio que colgaba del globo. Ya el domingo 20 anterior había también ascendido aunque no con éxito tan satisfactorio como en esta vez.

1884.—8 de Febrero.

El Señor Cura propio de Marfil Don Manuel Alba, se encarga de la Parroquia del Centro, por haberla renunciado el Señor Don Perfecto Amézquita. Queda en Marfil ocupando su lugar el Señor Don José de la Luz Guerrero.

1884.—9 de Febrero.

El Ilmo. Señor Obispo de la Diócesis Dr. Don Tomás Barrón y Morales, consagra solemnemente el altar del Templo de la Asunción de la Presa de la Olla.

Con la debida anticipación se distribuyó la invitación particular á las personas convidadas y la general á todos los fieles, juntamente con el programa de la festividad. Como en estos documentos casi se tiene la descripción del memorable acontecimiento, insertamos en seguida la invitación general y el programa. Dicen así:

INVITACION RELIGIOSA Á LOS GUANAJUATENSES.

En todo tiempo se han distinguido por sus sentimientos piadosos los pueblos penetrados de un verdadero espíritu de fé. Qué fácil sería recordaros con la historia los generosos esfuerzos, y los sacrificios inmensos á veces, que han sabido hacer nuestros mayores, almas fieles al Señor, para elevar á su gloria esos edificios sagrados que son el más bello ornato de nuestra ciudad y de sus minerales!

Aunque el mundo sea como un vasto templo en el que Dios no cesa de merecer nuestras alabanzas y adoración, porque él es adorable en todas partes, hay sin embargo lugares que Nuestro Señor se ha elegido especialmente, para

escuchar nuestras súplicas y recibir nuestro incienso y nuestro culto.

Por esta razón los Guanajuatenses se esmeran en erigir esas iglesias; y esos altares que rodeamos con amor, para tributar á Dios el homenaje del alma, por el recogimiento interior y la devoción del cuerpo, por la modestia y reverencia.

Vosotros, oh Guanajuatenses, que tanto amáis el decoro de la casa del Todopoderoso, le habéis edificado en el seno de nuestras montañas, en el verjel de la Presa, un templo: hoy el Señor por medio de nuestro Pastor, quiere premiar vuestra piedad, y le manda para que más particularmente dedique y consagre el altar, que recibirá vuestras súplicas, y desde él os hará sentir más de cerca su soberana grandeza y su divinidad,

Venid á unir vuestra piedad al celo generoso del Pastor, venid á rogar al Señor que del sólio de su gloria, se digne aceptar la ofrenda que le hacéis, y os dé en retorno sus bendiciones y su gracia.

Venid á las solemnidades que para consagrar el altar de la Santísima Virgen María, se celebrarán los días indicados en el programa.

CONSAGRACION DEL ALTAR DE SANTA MARIA DE LA ASUNCION, EN LA PRESA.

ORDEN DE LA FESTIVIDAD.

Viernes 8 de Febrero.—Por la tarde á las seis y media, solemne recepción de las sagradas reliquias que colocará el Ilmo. Señor Obispo, el día siguiente, en el ara máxima del Templo.

En seguida, maitines y laudes.

Por la noche, iluminación en el vecindario, y fuegos artificiales.

Sábado 9.—A las siete de la mañana, comenzará el Ilmo. Señor Obispo de la Diócesis, la consagración del altar, asistido por el V. Clero.

Apadrinarán el acto los Señores Presbítero Don Lucio Marmolejo y sobrina, Lic. Don Canuto Villaseñor y señora, Doña Ignacia Ch. de Arizmendi é hijo, Don J. Joaquín de Silva y señora, Don Miguel Arvizu é hija; Señoras Francisca R. de Goerne y Antonia del Moral viuda de Jiménez, Don Francisco Parkman y señora, Don Genaro Arce y señora, Señor Lic. Don Juan Chico y señora.

Concluída la consagración se celebrará la misa solemne en la que predicará el Señor Cura Don Perfecto Amézquita.

Por la tarde á las seis, exposición del Santísimo y ejercicio vespertino.

La Presa, Febrero 6 de 1884.—Mucio de J. Arriaga.

Efectivamente en la mañana del día 9, reunidos en el Templo de la Presa, el Ilmo. Señor Barón, competente número de individuos del Clero, los padrinos y madrinas arriba mencionados, y gran número de fieles, dieron principio las solemnes y magestuosas ceremonias de la consagración; y á su tiempo recorrieron procesionalmente la Iglesia las reliquias de los mártires que debían sepultarse en el altar, como en efecto se verificó: entre estas reliquias se encontraba una del insigne San Bonifacio, á quien el Señor Pío IX concedió hace pocos años, misa y oficio propio, que deberán rezarse en toda la Iglesia el día 5 de Julio, y otra de San Félix, soldado africano. Concluída la consagración, cantó la misa solemne el nuevo Señor Cura de la Parroquia del Centro Don Manuel Alba, y predicó el Señor Presbítero Don Perfecto Amézquita; y cuando todo hubo terminado, pasaron el Señor Obispo, los padrinos y convidados, á la casa de Don Ignacio Rocha, donde se les obsequió con una opípara comida, en celebridad del fausto acontecimiento que acababa de tener lugar.

1884.—14 de Marzo.

Hace su debut en el Teatro de Guanajuato una notable compañía de Opera Inglesa.

1884.—15 de Marzo.

Se separa definitivamente del Gobierno del Estado el Lic.

Don Manuel Muñoz Ledo, y lo recibe el General Don Pablo Rocha y Portu.

1884.—25 de Marzo.

El agua de las presas de la ciudad ha concluído completamente; y el Ayuntamiento poco antes de esta fecha improvisa una cañería, haciendo uso de la antigua de plomo, que fué quitada para colocar la de fierro, á fin de que por ella venga el agua de la presa de Parkman, según lo que dijimos en la última de las efemérides del año anterior. Hoy es el primer día que las fuentes quedan surtidas con dicha agua.

1884.—29 de Junio.

Para solemnizar el cumpleaños del Gobernador Rocha, se encienden hoy por primera vez los focos de luz eléctrica, de la Plaza principal y del Jardín de la Unión.

1884.—Agosto.

A principios de este mes, y por empeño del Presbítero D. Reyes Álvarez, queda terminada la torre de la Iglesia de San Sebastián, y se coloca una nueva campana.

1884.—16 de Agosto.

Se acomete la árdua pero muy laudable empresa de abrir un pozo artesiano, para surtir á Guanajuato de agua suficiente. Se ubicará en la Presa de la Olla, hácia la cañada conocida con el nombre de «La Escondida» y hoy se comienza á colocar todo lo necesario para que funcionen la máquina de vapor, y demás aparatos con que ha de verificarse la perforación.

1884.—17 de Agosto.

La noche de este día se encienden por primera vez todos los faros eléctricos de la ciudad.

Don Manuel Muñoz Ladrón de Guebara, General Don Pablo Rocha y Portu, 1884. — 22 de Agosto.

Se ahoga en la Presa de la Olla, el Señor Don Víctor Barajas, uno de los días anteriores: ignorándose del todo la manera como se verificó la desgracia. Hoy es encontrado el cadáver flotando sobre las aguas.

1884. — 6 de Septiembre.

Solemne bendición é inauguración de los trabajos del pozo artesiano.

El público fué invitado por la empresa oportunamente y por medio de avisos; y á las nueve de la mañana del día de la fecha, se encontraban reunidos en el lugar oportuno las autoridades eclesiásticas y civiles, muchas personas invitadas y gran número de pueblo y las tropas del Estado; los acordes de alegres músicas poblaban el viento, y á la hora conveniente el Señor Cura Don Manuel Alba, invocó la protección divina sobre los trabajos que se inauguraban: el Señor Presbítero Don Mucio Arriaga pronunció un breve discurso, y luego el Señor Gobernador Don Pablo Rocha y Portu dió el primer golpe sobre la roca, exclamando con voz sonora «en el nombre de Dios Todopoderoso.» En seguida los convidados tomaron un decente *lunch*, el vapor continuó lenta y magestuosamente la perforación, y todo el pueblo se regocijaba con las más alhagadoras esperanzas, que sin embargo no habían de realizarse.

1884. — 14 de Septiembre.

Se inaugura un jardín que acaba de plantarse en la plaza de Mellado.

1884. — 16 de Septiembre.

Se instala con solemnidad el Undécimo Congreso Constitucional del Estado.

1884. — 16 de Septiembre.

Se solemniza en Guanajuato el Aniversario de la Proclamación de la Independencia, con singular esplendor y entusiasmo.

Hé aquí la descripción que se publicó con tal motivo, escrita según suponemos, por Joaquín Gómez Couto, que otras veces ha firmado con el seudónimo EL

EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1884.

Con una magnificencia absolutamente inusitada se han celebrado las fiestas de la Patria. Y era natural que así sucediera, porque el pueblo guanajuatense que para todo tiene un gusto refinado y que cuando quiere sabe derramar el dinero á manos llenas, no necesita más que un reclamo, una ligera iniciativa para desplegar las fastuosidades, de aquel y probar que si ya no cuenta con los valiosos elementos que en otras épocas, le han prestado los argentíferos veneros de su rico suelo, aún en la pobreza es espléndido y liberal.

La iniciativa consiguiente no podía venir por mejor conducto: el Señor General Don Pablo Rocha y Portu, actual Gobernador del Estado, nacido en él, en él educado, amante sincero de su bienestar y decidido partidario de su prosperidad y riqueza, tuvo el tacto de que la Junta Patriótica se eligiera entre aquellos vecinos, que ya por su posición social, ya por su influencia entre las masas del pueblo, ya por sus relaciones, habían de cooperar naturalmente con actividad y eficacia suma á que las fiestas tuvieran el brillo que se deseaba. Reunida esta, fueron nombrados Presidente el citado Señor Gobernador, Vicepresidente el Señor Don Francisco de P. Castañeda, Tesorero el Señor Don Ramón Alcázar y Secretario el Señor Don Joaquín Gómez Couto, siendo Vocales los Señores Francisco Parkman, I. Ibarguengoitia, Francisco de P. Ibarrodo, Lic. Joaquín Chico, Agustín Ajuría, Claudio Obregón, Evaristo Villaseñor, Emigdio Chávez, José Mena, Dr. Vicente Gómez Couto, Pedro Mayoly, Pantaleón Párres, Alejandro Cumming y Miguel Septién; y como el tiempo de que podía disponerse era muy limitado, pues la primera reunión de la Junta se verificó el 25 del próximo pasado Agosto, tuvieron todos que redoblar sus trabajos y esfuerzos, que por fortuna fueron coronados por un éxito maravilloso, pues hasta el cielo que en la época actual del año, está naturalmente entoldado y lluvioso, se

presentó el martes y el miércoles, despejado y limpo como en el mejor día de primavera.

El día 15 á las doce los repiques á vuelo y las salvas de artillería, anunciaban al pueblo que la columna de honor que desfilaba frente al Palacio del Gobierno, mandada por el Señor Coronel Togno, y dando escolta al H. Ayuntamiento constitucional, publicaba por bando el programa de las festividades. Numerosa concurrencia invadía las calles, que desde por la mañana estaban engalanadas, aquí con un arco de triunfo, más allá con vistosos arbolillos, llamando la atención que no hubiera un balcón, una puerta, una ventana, que no estuviese adornada siquiera con una humilde banderola.

A las cinco de la tarde el paseo de la Presa de la Olla ofrecía un espectáculo encantador: quien no conoce á la Presa, no puede figurarse la perspectiva que presenta aquella aglomeración de montañas, cortadas á pico algunas, y altivas y enhiestas otras, como si desafiaran á las nubes; quien no conoce á la Presa no puede imaginarse aquellas quintas de recreo, aquellos *chalets* que sirven de morada á los opulentos guanajuatenses en la época del verano; pero cuando hay que verla es cuando como el lunes se ven sus calzadas y las veredas de sus cerros, cubiertas de una multitud ansiosa de divertirse y espaciarse. Una función pública de circo y acróbatas bastó para que el pueblo en masa acudiera á aquel lugar, formándose un paseo en que no se sabía que admirar más, si la cantidad de gente que había acudido ó el gozo que en todos los semblantes se pintaba.

A las nueve de la noche vistosos fuegos artificiales entretenían con sus brillantes luces al pueblo, en la Plaza Mayor, mientras que en el Jardín de la Unión, artísticamente iluminado por infinidad de blancos globos, semejantes á focos de luz eléctrica, tocaba la música del Primer Batallón del Estado, duró la serenata esa noche hasta las once, hora en que las dianas, los repiques á vuelo y las salvas de artillería, nos recordaban que 74 años atrás, en el humilde pueblo de Dolores, había surgido en la mente de un anciano ilustre, la redentora idea de nuestra Independencia.

Así concluyeron ese día las fiestas que fueron como un preludio de las que se preparaban al siguiente.

De intento no nos detendremos en enumerar las que se verificaron en la mañana del 16, privándonos así del gusto de felicitar al Señor Coronel Togno, por el buen aspecto que presentaba la columna de honor que marchó ese día; pues queremos dedicar todos nuestros esfuerzos á describir el paseo cívico verificado á las cuatro de la tarde.

Teníamos ya conocimiento del orden de la procesión, así como de los carros preparados para ella, pero todo cuanto digamos para manifestar la admiración que nos causó la magnificencia con que éstos fueron arreglados, será pálido y no podrá dar una idea aproximada de su lujo y su buen gusto.

Conforme al programa, abría la marcha del gran paseo una descubierta del Primer Escuadrón del Estado.

En seguida, imponente, magestuoso, tirado por cuatro arrogantes caballos frisonos enteramente negros, guiados por cuatro palafreneros, cuyos elegantísimos trajes fueron exactamente copiados de los que usaban nuestros conquistadores, desfilaba el carro del «Descubrimiento de América.» La alegoría escogida para representar esta idea no pudo haber sido más felizmente ejecutada. En la parte superior del carro veíase la proa de una carabela, sobre cuya cubierta descollaba Colón acompañado de un fraile y dos marineros. El centro del carro figuraba el mar, imitado á maravilla, dejando descubrirse en la parte inferior á la Isla de Guananí; cubierta ésta de la exhuberante vegetación de los trópicos, en la que los cactus, las palmeras y los sicomoros formaban un bosque poblado por un grupo de indígenas, asombrados por los tipos que por primera vez se presentaban á su vista, y en actitud de defensa, completaba la perspectiva de modo que era perfecta la ilusión: creíase asistir al descubrimiento del Nuevo Mundo. Este carro fué costado por la Compañía Guanajuatense Zacatecana de Casas de Moneda, y por los Agricultores residentes en la Capital, y su ornamentación estuvo confiada á los Señores Antonio Cuyás y Lorenzo Salgado.

No habíamos aún acabado de solazarnos con la vista de

esa alegoría, cuando comenzábamos á ver grandes grupos formados de los dependientes y operarios de las minas, llevando lujosísimos estandartes de seda recamados de oro y plata, con el nombre de la mina á que pertenecían; para que pueda juzgarse de su riqueza, baste decir que varios de ellos no bajaban de representar un valor de \$300 cada uno. Inmediatamente después de esas comisiones aparecía el carro de «La Minería» que naturalmente, habiendo sido costado por los mineros y beneficiadores de metales del Distrito, tenía que ser uno de los más ricos y lujosos. Así como la del anterior, la alegoría de este carro fué ejecutada perfectamente; en su parte superior y toda cubierta de las plantas que crecen en la Sierra Madre, panino esencialmente minero, se destacaba una montaña perforada en su base por un túnel en cuya boca se leía el nombre de San Nicolás, patrón de la minería; saliendo de ese socavón, hacía la parte inferior del carro, que representaba el patio de una mina, sobre el cual se veían artísticamente diseminados todos los instrumentos y enseres que en aquella se emplean, aparecía un pequeño carro, corriendo sobre acerados rieles, cargado de riquísimos frutos minerales. Dos mineros con el traje propio del trabajo y en actitud uno de sacar una *tentadura* y otro de pepear los minerales, remataban la vista del patio, cuyos detalles todos fueron perfectamente estudiados y atendidos. En la falda de la montaña un ingeniero armado de su teodolito tomaba una visual, y coronando la cúspide de aquella, simbolizando á la Minería, veíase una primorosa niña riquísimamente vestida y alhajada, llevando en sus manos un escudo minero y descansando sobre una ráfaga de oro que tenía este lema: *Omnia vincit labor*. La parte posterior de esa montaña estaba formada por un gran pabellón de banderas tricolores, en cuyos remates se leían con letras de oro los nombres de las haciendas de beneficio, descollando en el centro del pabellón el escudo de armas de la ciudad de *Santa Fe y Real de Minas de Guanajuato*, cuidadosamente copiado del que existe en el archivo de este Ayuntamiento, en el título expedido por Felipe V el 8 de Diciembre de 1741. La parte delantera del carro veíase cubierta por un escudo formado con instrumentos de minería, colocado sobre otro pa-

bellón de banderas tricolores que ostentaban los nombres de las principales minas, y todo él iba cubierto por un rico y pesado cortinaje de terciopelo verde, sembrado á trechos por escudos con el nombre de algunos mineros ilustres, y recogido en grandes ondas por gruesas cadenas de plata. Cuatro arrogantes frisonas alazanes, con caparazones de terciopelo verde, galoneados de plata, tiraban del carro, guiados por cuatro palafreneros vestidos de elegantes libreas verde y plata también. Este carro, como dijimos, fué costado por los mineros y beneficiadores de metales, y de su ornamentación se encargaron los Señores Francisco de P. Castañeda, Agustín Ajuria y Joaquín Gómez Couto.

Suntuoso, elegante, rico, desfilaba después el carro de «La Independencia y Libertad.» Descansaba su plataforma sobre cuatro ruedas cubiertas todas de tupidos pliegues de raso de los colores nacionales, bellamente recogidos en las masas por coronas de flores; en la parte superior, dominándolo todo, se veía la noble figura de Hidalgo, que con mano audaz rompía las cadenas de los dos mundos, teniendo á su lado á Allende y Aldama; tino exquisito revelaron los Señores Cecilio F. Estrada y José Mena, comisionados de la compostura de este carro, al escoger las tres figuras citadas, porque no pudieron estar mejor caracterizados los personajes que semejaban. En la parte inferior, «La Libertad» representada por una simpática niña lujosamente ataviada, alumbraba la senda de aquellos héroes. Ricamente vestido de seda de los colores nacionales, este carro presentaba un conjunto hermosísimo y digno de la alegoría á que estaba dedicado. La librea de terciopelo azul con galones de plata, de los palafreneros que conducían los cuatro caballos frisonas retintos que tiraban de este carro, era elegantísima. Fué ofrecido por los empleados del Estado residentes en la Capital y por los del Municipio, todos los cuales marchaban, precediéndolo, en formación.

El carro siguiente, uno de los más valiosos y elegantes, fué costado por los comerciantes, y de su adorno se encargaron los Señores Ramón Alcázar, Evaristo Villaseñor y Luis G. Patiño; simbolizaba «El Comercio» bajo la forma de un buque fenicio, imitado con una maestría digna de

atención, su casco dorado lleno de bajos relieves de blanco y oro, entre los cuales sobresalía un grifo de donde nacía el bauprés, así como su arboladura toda con elegantes velas desplegadas, le daban un hermosísimo aspecto. Iba tripulado en primer término, por el génio del Comercio representado por una graciosísima niña que con su diestra manejaba el timón, sosteniendo en su izquierda un elegante caduceo de oro y plata; y por un grupo de marineros con elegantes trajes de la época del buque. Tiraban de este carro un tronco de caballos frisonos retintos y otro de tordillos, guiados por cuatro palafreneros con librea del tiempo de Felipe II, y delante de él marchaba un grupo de comerciantes, llevando á su cabeza un estandarte azul, en el que sobre algunas insignias marinas se leía este atrevido mote: *Per ardua surgo.*

Venía en seguida el carro del «Trabajo,» ofrecido por los artesanos é industriales, que á la verdad podía ser considerado como uno de los más notables; afectaba su base la forma de un gran carro romano, todo artísticamente tapizado de sarga azul con guirnalda de flores de plata sembradas á trechos, las cuales hacían un elegantísimo efecto. En primer término aparecía la imagen de la «Paz,» teniendo á sus plantas doblegada á la «Discordia,» colocadas ambas sobre un plinto toscano; en el centro del carro un grupo de herreros que templaban sus instrumentos sobre un pesado yunque, representaban el Trabajo, y como presidiéndolos y alentándolos la imagen de la «Abundancia,» descendiendo sobre nubes de plata, derramaba sus dones sobre todos. Bien representadas sus alegorías, y bien acabado en sus detalles, este carro estuvo sobremanera lucido; fueron encargados de su adorno los Señores Florencio Arteaga y Jesús Aguirre. Nos olvidábamos de mencionar que con un rico estandarte á su frente, marchaba un gran grupo compuesto de los principales industriales, precediendo este carro, el cual iba tirado por tres troncos de caballos del país, guiados por seis palafreneros vestidos de librea azul y blanca.

Severo y magestuoso el último carro que aparecía, era el de las «Ciencias,» el que iba precedido por comisiones de alumnos y profesores de las Escuelas Municipales, de las particulares todas, de la «Libre de Medicina» y del «Cole-

gio del Estado.» El pensamiento escogido para su formación, fué bien desarrollado en fuerza de la buena voluntad que para ello tuvo la comisión encargada de su ornato, quien tropezó á cada paso con graves inconvenientes para llevarlo á un término feliz. Sobre la base del carro, cubierta de lienzo granate, en la que formando escudos de fondo blanco se leían con letras de oro los nombres de varios sabios y filósofos eminentes, se levantaba un estucado templo, de orden compuesto, bajo el cual descansaba Minerva perfectamente caracterizada: á sus piés y en la escalinata de aquel, infinidad de instrumentos científicos y pequeñas máquinas, formaban un artístico y simpático conjunto, apareciendo en primer término, bellamente representadas, la Escultura, la Música y la Pintura, llevando en sus manos los atributos que les correspondían. Iba tirado este carro por cuatro caballos frisonos alazanes, guiados por palafreneros con librea roja y plata, y la comisión encargada de su adorno se formó de los Señores Emigdio Chávez y Dr. Vicente Gómez Couto.

En seguida desfilaba la comitiva oficial presidida por el Señor Gobernador y formada por una comisión del Supremo Tribunal de Justicia, otra de la Legislatura del Estado, el H. Ayuntamiento constitucional, los empleados superiores del Estado y la Federación, y las personas invitadas al efecto; entre las que pudimos notar algunos personajes caracterizados del Clero, así como varios miembros de las colonias extranjeras, fraternizando todos al acuerdo de los sucesos que se festejaban. Cerraba la marcha la columna militar al mando del Señor Coronel Togno.

Esa tarde la procesión cívica recorrió las calles de Belén, Plazuela de los Angeles, Ensaye Viejo, Puente Nuevo, Plaza Mayor, Cruz Verde, Jardín de la Unión, Sopeña, Cantarranas, Alonso, regresando hasta Belén.

El viernes 19 se repitió el paseo, recorriendo las calles de San Francisco, Sopeña, Jardín de la Unión, Alonso, Ensaye Viejo, Belén, Calzada y paseo del Cantador, regresando á la Plazuela de San Francisco; y por último, el domingo con una concurrencia innumerable, partió la procesión de la Plaza Mayor, recorriendo las calles del Truco, Baratillo, Cantarranas, Matavacas, Sangre de Cristo, Desterrados,

Puertecito, San Agustín, Garridos y Paseo de la Presa de la Olla, en donde se disolvió.

No tenemos más que felicitaciones para todas las personas encargadas de organizar las festividades; no hay un sólo reproche que hacerles; cada uno en su esfera y conspirando á un fin común; los vecinos todos son dignos también de nuestros plácemes, porque inspirados en el civismo en que abundaba la Junta Patriótica, secundaron á maravilla sus planes, probando una vez más que el rico Estado de Guanajuato es ligno de mejor suerte y ayudará siempre á quien con la buena voluntad que para él tiene el Señor General Rocha, quiera impulsarlo y levantarlo á la altura que merece.—EL.

1884.—20 de Septiembre.

La Legislatura declara Gobernador Constitucional del Estado al Señor Presidente General Don Manuel González.

1884.—20 de Noviembre.

Se publica el interesante Bando que copiamos á continuación.

“El C. Gral. Pablo Rocha y Portu, Gobernador Constitucional interino del Estado libre y soberano de Guanajuato, á los habitantes del mismo, sabed:

Que el H. Congreso ha decretado lo que sigue:

“El Undécimo Congreso constitucional del Estado libre y soberano de Guanajuato, decreta:

Art. 1.º Desde el 1.º de Enero de 1885, se Repartirá grátis el Agua en las fuentes públicas de esta Capital.

Art. 2.º El Ayuntamiento, con aprobación del Gobierno, reglamentará la manera de hacerse el reparto así como lo relativo al cobro de las mercedes.

Art. 3.º La Legislatura dá un voto de gracias al Gobernador del Estado C. General Pablo Rocha y Portu y al Ayuntamiento de esta Capital, por este importante beneficio para el Pueblo Guanajuatense.

Art. 4.º Se publicará este decreto por bando solemne en la Capital del Estado.

Lo tendrá entendido el Gobernador del Estado y dispondrá se imprima, publique y circule para su debido cumplimiento. Dado en Guanajuato, á 17 de Noviembre de 1884.—Manuel de Anaya, Diputado presidente.—Jesús Carrasco, Diputado secretario.—Antonio Palacios, Diputado secretario.”

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su debido cumplimiento. Palacio del Gobierno del Estado en Guanajuato, á 20 de Noviembre de 1884.—Pablo Rocha y Portu.—Francisco García, Srio.”

1884.—30 de Noviembre.

En los últimos días de este mes se rebaja el Puente de San Antonio para nivelar el piso de la calle de Alonso con el del Jardín.

1885.—7 de Junio.

En este día tiene lugar una gran inundación en la ciudad. El agua sube en el Teatro á considerable altura. En los momentos de ser invadido este edificio por el agua, una selecta concurrencia lo ocupaba, que había acudido á la representación de una Zarzuela cuidadosamente ensayada por varios jóvenes de las principales familias de la ciudad.

1885.—4 de Agosto.

Este día sale de Guanajuato el Gobernador Constitucional, con objeto de reconocer unas fuentes de agua en la Hacienda de Trancas, cuyo líquido se proyecta traer á la ciudad.

Este pensamiento excita un inmenso entusiasmo, y es de admirarse cómo no se ha pensado en él con anterioridad.

La escasez de agua en una ciudad tan importante como Guanajuato, es apenas concebible. El Gobierno del Estado, diferentes Ayuntamientos y muchos particulares, han empleado gruesas sumas en adorno y embellecimiento de la población, ¿cómo no han dedicado sus esfuerzos á un asunto tan importante?

Nota del continuador de estas Efemérides.

1885.—31 de Agosto.

Poco después de las ocho de la noche, y sin que precedieran anuncios de enfermedad, el Señor Presbítero Don Lucio Marmolejo se siente atacado de leve indisposición. Un amigo suyo, también sacerdote, que lo acompañaba á esa hora, le insta para que se acueste, y se ve obligado á ayudarle á andar el corto espacio que había desde la sala hasta su dormitorio.

Ni él, ni tampoco el amigo que lo acompañaba, sospecharon que la enfermedad pudiera traer graves consecuencias, atribuyendo este último lo tardo y pesado de sus movimientos á la incomodidad que decía sentía en el estómago.

Llegados al aposento su amigo lo acostó en la cama, y viendo que estaba con toda quietud no quiso encender luz, y se retiró procurando no hacer ruido. ¡Aquella quietud era la inmovilidad de la muerte!

Cierto es que duró algunas horas congestionado; pero en tal estado de insensibilidad, que bien podría decirse que ya no estaba vivo.

Hay una circunstancia notable que no debe dejarse de mencionar. Aunque el Señor Marmolejo llevaba una vida cristiana, disponiéndose frecuentemente con la confesión Sacramental para celebrar el augusto Sacrificio de la Misa, es de llamar la atención que la víspera del día en que la congestión lo hirió de muerte, buscó un confesor y estuvo hablando largamente con él, arreglando todos los negocios de su alma.

Gran servicio, sin duda ninguna, ha hecho á la historia el Señor Presbítero Marmolejo, y gran servicio á su ciudad natal, para él tan querida, y su obra, modelo de constancia y laboriosidad, le dará un alto nombre en los fastos mexicanos.

Dotado de un claro talento, fué objeto de la predilección de sus maestros desde que aprendía las primeras letras, y su dedicación á la lectura hacía presagiar al literato.

Desde muy joven sintió invencible vocación al estado Eclesiástico, y su familia que contaba no solamente con grandes recursos, sino con verdadera opulencia, lo envió al Seminario de Morelia, que entonces era considerado como uno de los primeros, si no el primero entre los planteles de educación en la República.

En aquel semillero de ciencia y virtud se fortificó su espíritu, se formó su corazón, y el grande Obispo de aquella Diócesis lo creyó digno de recibir la primera clerical tonsura y las cuatro órdenes menores.

Volvió á Guanajuato vistiendo el honroso uniforme de los capitanes de Jesucristo, y en esta época, lleno ya de celo sacerdotal, como niño hizo lo que los niños, para evacuar lo que era de niño cuando hubiese llegado á ser hombre, según las expresiones de San Pablo.

Nos referimos al templo que erigió en unión de otros jovencitos poco más ó menos de su edad, y que igualmente aspiraban al sublime ministerio del sacerdocio, algunos de los cuales estaban también adornados con el indeleble carácter de minoristas.

En la falda del pintoresco cerro de San Miguel, construyeron esos entusiastas una pequeña iglesia, á la cual nada faltaba de lo necesario al culto; copón y custodia y cálices de plata sobredorada; magníficos ornamentos, cortados según la estatura de los oficiantes, elegante candelera, pábulo bordado, blandones, ciriales, todo en fin, y todo de un gusto exquisito.

Era de asistir á las misas que, acompañadas por la mejor orquesta de la ciudad, se cantaban en aquella iglesia, sin faltar en lo más mínimo á las rúbricas, y en las cuales por supuesto, predicaba un pequeño orador, con toda la gravedad que el caso requería y con todo el estudio también de la retórica sagrada.

Aunque solamente dos ó tres usaban oficialmente sotana, era sin embargo numeroso el clero, pues dada la ocasión, elegantes jovencitos, gracias á la abundante ropería de las cómodas, se trasformaban hasta en obispos, y era de ver aquellas procesiones, aquellos corpus, aquellos maitines y todas las funciones de aquellos levitas de levita.